



■ En cuanto llega un camión, una multitud lo sigue hasta donde descarga los desperdicios y con unos largos ganchos caseros destripan las bolsas para encontrar algo útil.

## MANAGUA DECENAS DE DESHEREDADOS REBUSCAN SU SUSTENTO ENTRE LA BASURA

Diseminados por toda Latinoamérica, existen basureros controlados o incontrolados donde los más pobres arañan algo con lo que poder vivir. **El vertedero municipal de Managua, la capital nicaragüense, es el más grande de Centroamérica, con 42 hectáreas. En su interior viven habitualmente más de 170 familias. Algunas llevan más de 20 años.**

**C** Jesús Antoñanzas (Texto y fotos) cuando le digo a Luis dónde vamos, me mira sorprendido. Creo que me toma por un loco, pero no me lo dice. Sólo aclara: “Llevo 40 años viviendo en Managua y jamás me he acercado a ‘La Chureca’”. Ése es el nombre por el que se conoce al basurero municipal de Managua, con 42 hectáreas de extensión, el mayor de Centroamérica, donde diariamente se deposita sin control una tonelada de desechos, y también donde miles de personas viven o trabajan.

Atravesamos Managua en taxi en dirección a la zona más occidental, hacia el lago Xolotlán. La entrada está flanqueada por basura y el taxista nos pregunta si estamos seguros de la dirección a la que vamos. Un grupo de jóvenes con aire desafiante apoyados en la pared controlan el paso: “*Esto es un nido de fumadores de ‘crack’ y miseria, esta gente te mata para robarte y si no tienes nada también te matan*”, explica el taxista.

Desde un alto la visión es desoladora: miles de montañas de basura se extienden hasta la orilla del lago, una densa neblina provocada por el humo dificulta la visión y un hedor agrio delata la realidad de ese lugar. En lo

que parece un control de entrada la barrera está siempre levantada: por allí entran camiones de basura y vehículos particulares cargados de residuos de todo tipo, que se cruzan con personas tirando de pesados carros o grandes sacos. Hay un ancho camino de tierra por el que los vehículos pasan a toda velocidad levantando una gran polvareda. Conforme nos adentramos, la atmósfera es cada vez más densa y el humo irrita los ojos.

Zacarías me mira sorprendido. La suya es la primera casa que vemos dentro del vertedero. Es una pequeña chabola construida con madera, hierro, uralita y plásticos. Creo que no ha visto un *chefe* (extranjero) hace mucho ▶



# MI CASA ES UN VERTEDERO

## Entre nauseabundas montañas de desperdicios y charcos de agua estancada, el hedor es tan intenso que produce escozor en la garganta

► tiempo por allí. “Llevo doce años aquí con mi mujer y mis tres hijas”, cuenta. Su mujer, sentada en la puerta, asiente: “No tengo otro sitio donde ir, ni trabajo fuera de esto. Aquí consigo lo que necesitamos para vivir”. La pequeña estancia, sin agua ni luz, tiene el suelo de tierra embarrado por las últimas lluvias. Dentro se apilan cartones, botellas de plástico y sacos de latas de aluminio. En un colchón sobre cartón y maderas duerme toda la familia. Todo es insalubre, sucio, húmedo. Un pequeño armario roto en un rincón hace las veces de cocina. Zacarías no pide nada, no quiere nada, sólo que le dejen trabajar. Desde hace algunos años el gobierno municipal quiere cerrar el vertedero y regularizar el trabajo de reciclaje que hoy está en manos de todos los hombres, mujeres y niños que andan por *La Chureca*: “Si cierran esto, la basura tendrán que llevarla a algún sitio. Nos iremos a ese sitio, aunque llevan años con esa canción y mira a tu alrededor”, reflexiona.

### Un héroe entre los despojos

A través del humo blanco, denso y maloliente surge la silueta de Raúl. Lleva una camiseta de *Superman*, lo que confiere a la imagen un aire surrealista. Raúl lleva en *La Chureca* desde que nació, hace 20 años. Aquí consigue arañar dentro de la miseria unos reales con los que ayudar en casa. Sus padres y tres hermanos más pequeños también andan por este lugar. Trabaja unas doce horas diarias. Sale muy temprano en busca del aluminio de las latas que recoge entre las montañas de basura con una especial habilidad. Las distingue donde es casi imposible verlas para ojos inexpertos. Tras una jornada extenuante, Raúl puede conseguir dos euros y medio. Cuando le pregunto si desea salir de este lugar, mira al suelo, lo piensa brevemente y contesta: “¿Adónde? Llevo aquí toda mi vida. Sólo sé hacer esto. Si no trabajo un día, no como”. Su camiseta de *Superman* me hace pensar que veinte años en este lugar sería un desafío para cualquier superhéroe.

Continuamos adentrándonos en un desierto de dunas nauseabundas y charcos de agua estancada. El hedor es tan intenso que produce escozor en la garganta. Luis mira el continuo tráfico de camiones y otros vehículos. Vacas y cerdos pastan entre los desechos esparcidos por todas partes. Los perros deambulan entre hombres, mujeres y niños con su trasiego de sacos, carros de madera, pesados embalajes... Unas 170 familias viven en la



■ Zacarías (en la otra página), su mujer y sus tres hijas (en esta foto) son algunos de los habitantes de este vertedero. Llevan aquí doce años y aseguran que no tienen otro lugar al que ir, ni otro trabajo que no sea recoger desperdicios.

**MI CASA ES UN VERTEDERO**



■ El pequeño Arnold (de frente, en el centro de la foto), de 12 años, es uno de los muchos que se afanan en rastrear en los detritus, entre los que pastan, como si fuera lo más natural, las vacas.



## Muchos jóvenes tienen problemas respiratorios y cutáneos, parásitos...

► actualidad dentro del vertedero de basura, y más de 1.500 personas vienen habitualmente aquí a buscar entre las basuras. Hay proyectos de ONG internacionales y del gobierno municipal de Managua para erradicar el trabajo infantil (a este basurero acuden unos 600 niños), la violencia dentro del vertedero, la regulación de las basuras y su reciclaje, pero resultaría muy caro solucionarlo. Los más jóvenes se llevan la peor parte: más del 70 por ciento de los muchachos tienen problemas respiratorios, parásitos y afecciones dermatológicas. Además, la violencia entre los adictos al *crack* o al pegamento es habitual, y las violaciones y asesinatos hacen de este lugar un mundo aparte, con códigos de conducta propios.

### Montañas humeantes

Al llegar a la parte más alta se tiene una visión completa de la magnitud de *La Chureca*. Cientos de personas deambulan en todas direcciones, rodeados por montañas humeantes. Cada nuevo camión que llega es recibido por una multitud que lo sigue hasta el punto en el que vuelca su hedionda mercancía. Todos van armados con unos ganchos caseros de unos dos metros de longitud con los que se afanan en registrar cada bolsa, a veces incluso antes de que caiga al suelo.

Entre un numeroso grupo de hombres y mujeres adultos afanados en su búsqueda con sus ganchos descubro a Arnold y Adriana, de 12 y 14 años, respectivamente. Son pequeños, pero tenaces en su búsqueda. Depositan en los sacos que llevan en la espalda todos los desechos reciclables, botellas de plástico, latas, hierro... Hay más, muchos más como ellos. Arnold se explica: *"Llevo cuatro años aquí. Antes estaba en la escuela, pero ahora tengo que ayudar en casa porque no hay reales y uno aquí encuentra muchas cosas"*. Adriana no dice nada, sólo mira con unos ojos grandes y la cara negra de suciedad. Arnold sólo quiere que vengan más camiones con muchas cosas, para sacar más dinero, y a Adriana le gustaría comprarse un vestido para celebrar sus 15 años.

Desde la parte más alta de una de las montañas de basura, el paisaje es desolador: nauseabundos montones de cosas inservibles, podridas, quemadas, sin valor aparente. Más adelante, el humo y las inacabables colinas de desperdicios. Parece el paisaje posterior a una guerra o un desastre natural o el fin del mundo, sin árboles, sin vida, pero con tanto superviviente... Es un mundo aparte en el que las fronteras están marcadas por bolsas de basura. 



■ Mientras recoge algunos objetos entre la basura, Adriana sueña con obtener dinero de su venta para comprarse un vestido cuando cumpla 15 años.

## MI CASA ES UN VERTEDERO



■ Cualquier medio de transporte es válido. Algunos arrastran pesados sacos en carritos y otros los llevan en brazos.



■ La desolada estampa de una infancia condenada a la pobreza, sin más horizonte que un paraje yermo convertido en basurero.